El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8642 DIARIO DE LA NOCHE TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—***Provincias***, tres meses, 7'50 id —***Extranjero***, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Stret, Mr. C. 166.—Administrador, ***D. Emilio Garrido López.***

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Lunes 18 de Agosto de 1890.

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19.

Gran surtido de reloges de bolsillo de oro, plata, niket y acero.

Variedad de los de mesa, pared y despertadores.

Excelente taller de composturas.

Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

LA SEMANA ANTERIOR

Con visible tristeza, motivada por la desaparición de alegrísimas horas; con la voz enronquecida á causa de gritar desaforadamente, y con los bolsillos *escuálidos* á fuerza de gastar, entramos en la semana que acaba de trascurrir.

Comentando la bondad ó no bondad de las corridas de toros, y no olvidando ciertos detalles tenidos siempre en cuenta por los buenos aficionados, hubo corrillos en Círculos y Cafés.

Lo que á uno de los presentes en la mesa X—por ejemplo—satisfizo más en la primera corrida, es lo que á juicio de cuantos le acompañaban, tuvo menos mérito.

Y en cambio, en vez de aplausos que recibiera un diestro por tal ó cual monada, dice uno de aquellos aficionados, que mereció grilletes.

¡Vaya usted á atar cabos!

En todas las cosas de este mundo hay opiniones, esto es sabido. Cada hombre piensa de distinto modo que los demás, en cuantos asuntos pueden tratarse.

Pero hablando de toros, estoy seguro que no hay dos que opinen lo mismo.

Y cuidado que la mayor parte se creen más entendidos que Rafael Molina.

Esta divergencia de pareceres está probada con sólo asistir á una corrida.

Cuando media plaza aplaude con entusiasmo, la otro media, pita con todas las fuerzas de sus pulmones.

Y tan entendidos son los que elogian como los que censuran.

Debiera estar prohibido escandalizar en los circos taurinos.

Quizás así ganarían los diestros.

Y estarían más tranquilos, porque lo de menos es el toro para intranquilizarles.

Francamente, no me gusta presenciar una corrida con peripecias, porque entonces aquello *es una plaza de toros*.

El *coneje de feria* espiró.

Más claro, la feria del año 90 ha terminado.

¡Y cuánto lo siente el sexo bello!

Sin embargo, para consuelo suyo, el paseo, probablemente, continuará unos días.

Aunque sin la animación y ruido de las pasadas noches.

¡Como que por no haber ruido, ni aun las músicas amenizarán con sus acordes aquel ameno lugar!

Hace un rato me aseguraba Casilda, que no hay temporada en esta ciudad como la temporada de feria.

¡Qué noches tan deliciosas he pasado en el muelle!

Bien sabes tú querido primo,—advierto á ustedes que Casilda es prima mía con honores de otra cosa, si alguna vez quiere Dios que pueda yo tomar estado,—bien sabes tú, repito en nombre de mi futura, que yo soy de las que no faltan al paseo; pues bien cada noche la paso mejor.

Felizmente nunca estamos solas. Apenas aparecemos mamá y yo, se nos acercan los chicos del comercio de sedas, y pasamos con ellos la velada admirablemente.

Si tu no tuvieses esa pícara afición al teatro que te hace no concurrir á ningún paseo, hubieras visto cuánta razón tengo.

Y son unos muchachos tan finos, que todas las noches nos han obsequiado.

Cuando no nos han hecho entrar al café, nos han convidado á melones.

Con ellos hemos visto los fenómenos y los fantoches.

Con ellos hemos paseado por el mar, por cierto que estaba obscura la noche y yo tenía un miedo.....

Basta, basta, tuve que decir á Casilda; ahora comprendo que soy verdadero *primo*.

. . .

No es el Teatro Circo—como en otras temporadas—el sitio donde se ha dado cita el público de esta localidad.

Las obras que se representan obtienen buena ejecución; las decoraciones que se exhiben en ellas, como no estamos acostumbrados á ver todos los días. Y no obstante, el público no concurre.

¿Gustan las obras? Sí.

¿Y la compañía? Sí.

¿Y gastar dinero? No.

¡Ah! Ahí está el busilis. Mientras haya diversiones gratis como las del Muelle; y gente que convide á melones como los chicos del comercio de sedas, no hay teatro posible.

J.

LA FIESTA EN PERIN.

Las fiestas que se celebran en los distintos caseríos de nuestro campo, tienen siempre por objeto honrar al santo patrón y de mezclar en ellas los actos religiosos con los bailes, la venta de dulces con las rifas en beneficio del culto á la virgen, el castillo de fuegos artificiales con la nota del armonium y el acompasado sonido de la guitarra con la voz á veces elocuente del orador sagrado que exhorta desde el púlpito á los honrados campesinos á seguir la única senda que conocen: la del trabajo y la virtud.

Tocó al caserío de Perín el turno de honrar á su patrona la Virgen de la Piedad y la fiesta allí celebrada en este año dejará sin duda gratísimos recuerdos entre sus moradores, como los ha dejado en nosotros al ver reunidas más de 2.000 personas, sin que el más leve disgusto, ni el más pequeño incidente desagradable, viniese á turbar la hermosa espansión á que se entregaba todo aquel pueblo constituyendo una sola familia, sin otra autoridad que el pedáneo, ni otro freno que el que imponen los deberes sociales y que tal vez desconociéndolos en su mayoría los practican puntual y religiosamente.

La fiesta revistió verdadera solemnidad artística y lujosa iluminación en la fachada de la iglesia la noche del jueves, banda de música y preciosos fuegos artificiales con los tradicionales cohetes voladores, dedicados á las personas de mayor representación en el pueblo y á los iniciadores de la [illegible] campestres y solemnísima función religiosa en que predicó de una manera admirable el elocuente orador sagrado Sr. Pérez Carrión, coadjutor de la iglesia de Sta. Lucía.

Pecaríamos de exagerados si dijéramos que las fiestas celebradas en Perín habian llamado extraordinariamente nuestra atención por lo que ellas han tenido de agradables, pero no lo somos al asegurar á nuestros lectores que teniendo en cuenta los antecedentes de aquel populoso caserío, no podíamos esperar ni tanto ni tan bueno.

Y es que la diputación de Perín es el punto menos frecuentado de nuestro campo por los que residimos en la ciudad, y todavía nos parece que aquel estenso pedazo de nuestro suelo no está formado más que por terrenos áridos, escarpadas rocas y edificios llenos de negrura.

Perín es hoy todo lo contrario, hasta el punto de creer nosotros que es la parte más pintoresca y de mayores atractivos de todo el término municipal. La abundancia de aguas riquísimas con que la naturaleza la ha dotado y que diariamente se descubren ahora, lo accidentado del terreno, la fecundidez de aquella tierra por tantos años abandonada y la honradez y laboriosidad de los naturales de aquel hermoso sitio, han de formar con el tiempo, á pesar de la distancia que de Cartagena le separa, el punto preferido para esas pequeñas casas de recreo que las clases acomodadas de nuestra ciudad poseen ó ansian poseer en cualquier lugar de nuestro campo.

Tiene todavía Perín inmensos terrenos incultos, pero allí donde la mano del hombre ha buscado agua y ha trabajado la tierra, allí aparece la viña frondosa y lozana, el naranjo y toda clase de árboles frutales como quizás no se encuentren en ninguna otra diputación.

Lo que á Perín falta es algo de protección por parte de nuestro Ayuntamiento. Carece en absoluto de caminos vecinales, no tiene escuelas públicas ni se conoce la administración municipal más que en la exacción de los impuestos, y es lástima grande que las condiciones de aquel terreno no se exploten y que se atienda y facilite el desarrollo iniciado.

Por nuestra parte hemos de hacer lo posible para ayudar á tan noble fin y cuenten aquellos vecinos con la seguridad de que si no decaen en sus propósitos y tienen [illegible] y fé para perseverar en el fomento de lo que es principalmente de ellos, y para ellos, encontrarán en EL ECO el defensor de sus justísimas aspiraciones.

Variedades.

MEMORIAS INTIMAS

Después de tomar parte en tres campañas, la de Africa, la del Norte y la de Cuba, el coronel se decidió á contraer matrimonio. No satisfecho con las placas y cruces que por méritos de guerra adornaban su pecho, como otros tantos testimonios del valor que demostró en distintas acciones, quiso pechar también con la cruz del matrimonio. Sus amigos, entre los cuales habia varios periodistas, le dedicaron con tal motivo sabrosos epigramas. —Es un hombre que no le gusta la paz, dijeron algunos; cuando los carlistas deponen las armas y capitulan los filibusteros, busca nuevos combates... y se casa. La cruz de San Fernando laureada le parece poco, añadieron otros, y busca la destinada por la epístola de San Pablo al héroe que se apresta á luchar él solo contra su mujer, su suegra, sus cuñados y toda una legión de parientes y amigos de la infancia.

El coronel que ja más oyó silbar las balas, porque era sordo, no se apercibió de tales cuchufletas.

Además era hombre de valor experimentado, temperamento vigoroso y carácter entero y resuelto.

Siempre se presentó sin temblar delante del enemigo.

No recuerdo quien ha dicho, harto lisonjero con la espada, que la fortuna proteje siempre á los militares valientes, menos cuando una bala perdida, disparada quizás por una mano que temblaba, corta á lo mejor el hilo de su existencia, reduciendo á materia fria é inerte lo que momentos antes revelaba impetuoso ardimento.

Parodiando una frase que pasa por axiomática, el autor á que aludo dice lo siguiente: «Victorioso en la guerra, afortunado en amores.»

Hasta en la elección de esposa supo el coronel demostrar la fortaleza de su alma. Los cincuenta y dos años de edad que acusaba su partida de bautismo; la nieve que cada invierno blanqueaba más y más sus cabellos, no dispuestos á abandonarle, fidelidad de la que mostrábase orgulloso; el reuma que se burlaba del héroe, dándole á veces el aspecto de un inválido, en todas y cada una de las aplicaciones que puede darse á esta palabra, no le arredraron para dirigirse á una joven de 26 años, hermosa entre las bellas, que además de su lindo palmito y de la galiardía de su cuerpo escultural, tenía el mérito de pasar por no querer á nadie.

Era un corazón virgen, según sus admiradores; una mujer fría, burlona, cruel, que se reia de sus infinitos adoradores, tratándolos como la gallina del cuento á los polluelos de su vecina.

Contestaba al eterno «pío, pío», unas veces tendiéndoles las alas protectoras para abrigarles un momento, y otras haciendoles sangre con el pico.

Fama tenía de «coqueta.» Se aseguraba que la vanidad de agradar á todos no le permitia fijarse en ninguno, deduciendo de esta premisa la consecuencia de que no había nacido para el amor.

Estos antecedentes halagaron la vanidad del coronel.

¿Que le importaba el enjambre de pipiolos con chaquet, mariposillas de lana dulce (el coronel era jocoso á su manera) que revoloteaban alrededor de aquella hermosa? ¿Que no habia amado á nadie? ¡Pues le alababa el gusto! ¿Acaso tenía la obligación de enamorarse de tales mequetrefes? Precisamente porque á nadie había querido, la pretendía él. Pues qué; todo un coronel con la cruz laureada y la placa de San Hermenegildo, que era militar desde los pies á la cabeza, ¿había de resignarse á ser segundo plato?

Y atusándose el bigote que aumentaba su marcial aspecto, y mirándose los tres galones de las bocamangas, que tantos otros militares ilustres no pudieron ostentar por injusticias de la suerte, quedando postergados y oscurecidos, pensaba que la victoria no se haría esperar mucho tiempo.

Quiso la fortuna que al empezar el asedio de la plaza, la «Gaceta» publicara el ascenso del coronel.

Y naturalmente, la bella joven entregó su corazón al nuevo general de brigada.—¡La vanidad maldita, dijeron los despechados! No es que se interese por el brigadier; no; es